

LA GRAMÁTICA DEL
AMOR

ROCÍO CARMONA



1. DIEZ PRINCESAS

El amor es un infierno donde te quedarías a pasar la eternidad. Eso Irene lo sabía muy bien. Desde que se había enamorado, había perdido el apetito y no lograba conciliar el sueño.

Cada vez que cerraba los ojos lo veía a él.

Liam.

Con sólo pronunciar aquel nombre, aunque fuera para sus adentros, temblaba por entero, como si estuviera desnuda en el Ártico con el corazón incendiado.

Mientras pensaba eso, Irene sacó punta a su lápiz mordido en el extremo, totalmente ajena a lo que sucedía a su alrededor. Una sonrisa de ensoñación se dibujó en su cara de gata mientras se inclinaba, una vez más, sobre el pupitre. No estaba tomando apuntes, aunque iba bastante pez en gramática inglesa.

Desde que había empezado el curso en aquel internado británico, le estaba costando seguir el ritmo de la clase. Tras el divorcio de sus padres, la habían facturado al sur de Inglaterra para alejarla de su pequeña tragedia doméstica

En aquel lugar melancólico y aislado, el idioma no era el problema, ya que su padre era norteamericano y, por tanto, ella era medio nativa. Aunque la gramática era otra cosa. ¡Cuántas excepciones!

Mientras Peter Hugues, el profesor de lengua, apuntaba una interminable lista de *phrasal verbs* en la pizarra, Irene se afanaba en escribir algo crucial e incluso más complicado...

Nada menos que su primera declaración de amor.

Sonrió nerviosa mientras trataba de encontrar la combinación de palabras justa, aquella que expresara sin cursilería los sentimientos de un amor que empezaba a desbordarla.

Aún no se explicaba cómo era posible que Liam, el chico más deseado de la escuela, se hubiera fijado en ella. Sin duda, era un milagro. ¿Quién le iba a decir que aquel rubiales irresistible, que podía tener a cualquier chica, la elegiría justamente a ella, a la ratita de biblioteca?

«Si mis amigas de Barcelona lo supieran...», pensó Irene ante el papel en blanco.

Habían comenzado a hablar el segundo día de clase, mientras ella hacía cola en la fuente del pasillo.

Él se había reído amablemente de Irene, que iba cargada hasta el cuello de libros, carpetas y libretas. Le cedió caballerosamente su turno en la cola y terminaron charlando de camino a clase.

Desde entonces se habían visto casi cada tarde, cuando Liam terminaba sus entrenamientos con el equipo de fútbol, en el que era la estrella. Paseaban por el bosquecillo que dividía los dos edificios del internado que servían de residencia a los alumnos, uno para las chicas y otro para los chicos.

El camino moría en el acantilado. A Irene le encantaba aquel escenario salvajemente romántico. Las olas rompían con fuerza contra las rocas y casi no se podía hablar a causa del fragor, pero el viento húmedo y el rugido del mar le resultaban tónicos. Además, cuando avanzaban por la zona más escarpada y rocosa del barranco,

Liam siempre la tomaba de la mano. Le parecía un gesto precioso y protector, muy masculino.

Irene suspiró, pensando en su última tarde juntos, cuando el profesor Hugues dejó de escribir en la pizarra y la miró con cara de fastidio.

Ella se enderezó sobre el pupitre, totalmente ruborizada. No se había dado cuenta de que su suspiro hubiera sido tan notorio. Durante unos momentos fingió abstraerse en las combinaciones de verbos y preposiciones, pero enseguida volvió a morder su maltrecho lápiz.

Acababa de decidir que su declaración de amor tendría forma de poema.

Siempre le había gustado escribir, así que la tarea no le parecía imposible. Además, esa noche sería el momento perfecto para dárselo. Liam la había invitado a cenar en un *pub* de una aldea cercana.

Irene no podía esperar a que llegara el momento. Nunca había tenido una cita así: ¡una cena romántica con un chico! Tras varias semanas haciendo juntos los deberes y dando paseos después de clase, le parecía un paso natural, aunque ella no sabía nada de esas cosas.

Lamentó que sus amigas no estuvieran cerca. Ellas la habrían aconsejado qué hacer: cómo vestirse, qué esperar de aquella cita.

¿La besaría Liam?

Sólo se habían besado una vez, veinticuatro horas atrás. Había sucedido al regresar del acantilado a la residencia. Ella se había acercado para despedirse con dos besos, como siempre —a él le parecía muy exótica esa costumbre española—. Después de ofrecerle la mejilla, Liam había vuelto bruscamente la cara para que sus bocas se encontraran de improviso.

Irene se había quedado paralizada por la sorpresa. Él había sonreído mientras le revolvía el pelo con un gesto casi paternal.

—Hasta mañana, princesa.

Todavía no se le había borrado la cara de boba.

Irene guardó en su bolso un sobre pequeño de color marfil. En su interior iba el poema, su declaración de amor a Liam. Llena de inseguridad, lo volvió a sacar para leer por última vez el contenido.

*Amado Liam,
has entrado en mi vida
como una ráfaga de viento
que levanta las hojas muertas
y las convierte en ángeles
de alas temblorosas.*

*Mis labios también tiemblan
y suspiran por los tuyos.
Muerta de amor, te imploro piedad,
concédeme tan sólo una mirada
y seré tuya para siempre.*

*Dios mío, ¿cómo puede haber un amor tan grande
en mi cuerpo desgarrado?
Un beso tuyo en los párpados
sería mi cielo particular.
Te quiero.
Te quiero.
Te quiero.*

Cerró el sobre hecha un manojito de nervios.

«¡El mundo es para los valientes!», solía decirle su abuela. ¿Quién dijo que una chica no podía declararse? Sólo el convencimiento de que Liam era su gran amor mitigaba su miedo, aunque le daba mucha vergüenza expresar lo que sentía.

Al cerrar la cremallera del bolso notó la vibración del teléfono móvil, todavía silenciado después de las clases.

En la pantalla apareció la imagen de un ramo de rosas. Irene sonrió emocionada al comprobar que era Liam quien le mandaba esas flores virtuales, aunque no fueran sus preferidas.

Recordó que una semana antes habían hablado de las flores y ella le había confesado que le encantaban los girasoles, tal vez porque había crecido con una reproducción del cuadro de Van Gogh en su habitación. En su móvil, ahora, había recibido rosas, pero daba igual: lo importante era que se las había mandado su amor.

Estaba a punto de recogerla para su cita, y le parecía muy tierno que no pudiera esperar para verla. El regalo iba acompañado de uno de sus breves mensajes: «*Unas flores para mi princesa especial*».

Irene repasó su pintalabios por última vez, sintiéndose una auténtica princesa. A continuación se puso a jugar con el móvil, mientras le esperaba con mariposas en el estómago y mil esperanzas ante la noche romántica que tenía por delante.

Y entonces, sucedió.

Sus dedos habían recorrido varias veces el teclado del teléfono, repasando una y otra vez el mensaje, recreando el dulce calor que la había invadido al recibirlo. Eran sus flores. De él. Sólo para ella, su princesa.

Al final del mensaje había un espacio en blanco y después una serie de números. Pero ¿qué era aquello? ¿Qué hacían allí todos

aquellos números de teléfono? Siguió bajando con el cursor del aparato.

Primero sintió incredulidad. Luego, sorpresa.

Un puñal invisible empezó a desgarrarla por dentro.

Sus lágrimas cayeron lentamente sobre la pequeña pantalla hasta desbordarla. El mar caliente de su tristeza incluso llegó hasta el suelo, donde se depositaron dos gruesas gotas saladas.

Diez.

Diez números.

En la pantalla se veían los diez teléfonos de otras diez princesas «especiales» a las que Liam había enviado el mismo regalo que a ella. ¡Y ni siquiera era la primera de la lista! Irene maldijo el día en que su padre le regaló, a modo de despedida, aquel móvil «inteligente». Tan inteligente que había sido capaz de detectar el engaño.

Sus lágrimas cesaron, para dar paso a una profunda vergüenza.

Pero ¿cómo había sido tan tonta? ¿Cómo había podido creer que Liam, el ligón de la escuela, se había fijado en ella? ¿A quién pretendía engañar?

El espejo le devolvió su imagen patética, todavía borrosa por las lágrimas. Se sintió ridícula con su *little black dress* prestado, sus pendientes de perlas y las bailarinas de satén brillantes.

Humillada, se dijo que a ella le iban más las sudaderas y los tejanos anchos.

—Me he vestido como una princesa, ¡como una estúpida princesa!
—gimió.

Irene sintió que le faltaba el aire. Abrió la puerta de su pequeña habitación, dando gracias al cielo porque su compañera de cuarto todavía no hubiera salido de clase. Acto seguido, salió corriendo.

En el pasillo lleno de alumnos que inauguraban el fin de semana

se cruzó con Liam, pero Irene corría tan aprisa que ni siquiera se dio cuenta.

Él la vio alejarse sin entender nada, desconcertado por su huida. Al pasar junto a su habitación, se percató de que ella había dejado la puerta abierta. Entró, precavido. Sobre la cama, al lado de su bolso, encontró un sobre de color marfil con la siguiente inscripción:

Para Liam, mi amor.



2. LA HUIDA

La despertó un débil rayo de sol que se colaba por las contraventanas de la habitación y caía justo en la mitad superior de su cara. Notó calor en los párpados y los abrió, sorprendida. Hacía varios días que no amanecía un día despejado.

Antes de viajar para el nuevo curso a Cornualles, en el sur de Inglaterra, ya sabía que el tiempo no iba a ser precisamente amable. Aunque Irene no era de esas personas cuyo humor varía con el color de las nubes, esa mañana agradeció el cambio. Había oído decir que en aquella zona llovía el 89% del tiempo. El particular emplazamiento de su colegio en lo alto de un acantilado hacía aún más dramático el clima.

La escuela Saint Roberts se encontraba a 20 kilómetros de la aldea más cercana, que no merecía el nombre de pueblo. Era un puertecito tristón formado por cuatro casas, una iglesia y un *pub* destartalado, el *Dog & Bone*, donde se servía inexorablemente pescado —sopa de pescado, pastel de pescado, pescado con patatas, pescado en salsa de guisantes y de... pescado— acompañado de cerveza caliente sin espuma. Llamaban *real ale* a aquel brebaje, intragable para ella.

Mientras el mar helado inundaba sus ojos, Irene tuvo que hacer un esfuerzo para recordar dónde estaba. Le sucedía lo mismo cada amanecer.

Luego salió de la cama con sigilo, tratando de no despertar a Martha, su compañera de cuarto, que dormía con un antifaz para que la luz no la desvelara antes de que sonase el despertador.

Se dispuso a vestirse para afrontar el día. A primera hora tocaba clase de mates. Iba a ser un aburrimiento mortal, pero casi lo prefería. Los ejercicios de la señorita Feanney le permitirían empezar la mañana con suficiente calma para idear una estrategia de supervivencia.

Liam no estaba matriculado en matemáticas, pero iba a coincidir con él en el resto de clases. ¡Menuda situación!, pensó Irene. No se veía capaz de hablarle, ni siquiera de mirarlo a los ojos. Se sentía muy pequeña, estúpida y sola, sin ningún apoyo con el que afrontar su primer desengaño amoroso.

Había pasado la noche en blanco tras vagar durante horas cerca del acantilado donde moría el camino del Saint Roberts. Una vez allí, arrullada por el rugido del mar que mordía las rocas, se había sentido un poco mejor.

Le había pasado por la mente llamar a casa, pero descartó aquella idea de inmediato. Su madre aún no se había recuperado del divorcio —lloraba todos los días—, y ella no quería contarle sus problemas precisamente ahora. ¿Llevaría escrito el fracaso amoroso en los genes?, se había preguntado al borde del precipicio.

«Tengo que ser fuerte», se dijo con poca convicción mientras ataba los cordones de los zapatos. Se juró solemnemente aguantar la jornada con la cabeza alta. Sólo serían unas horas. Luego podría

retirarse a su cuarto y dar rienda suelta a las lágrimas que trataba de contener desde la tarde antes en el acantilado.



Durante la clase de la señorita Feanney había sido incapaz de entender una sola fórmula. Mientras se dirigía ahora a clase de gramática, sintió que el cuerpo le pesaba una tonelada.

Al cruzar el umbral de la puerta, lo vio.

Hablaba relajadamente con dos compañeros del equipo de fútbol. Medio apoyado en una mesa, tenía las mangas de su resplandeciente camisa blanca subidas hasta mitad del brazo. Los chicos reían con ganas mientras Liam les mostraba algo en un papel.

Irene se asustó al verle alzar la cabeza para mirarla. Notó cómo la sangre se agolpaba en sus mejillas mientras se precipitaba hacia su pupitre justo cuando sonaba el timbre.

El profesor Hugues entró en clase con un montón de ejercicios corregidos en una mano y un pliego de hojas en la otra. Enseguida empezó a repartir papeles, y comenzaron a oírse exclamaciones ahogadas aquí y allá.

Era un profesor duro. Su mano no dudaba en escribir SUSPENSO si el alumno cometía sólo dos faltas de ortografía. En las pocas semanas que llevaba en Saint Roberts, Irene no había conseguido pasar del aprobado pelado. Su cosecha de C, C- y alguna raquítica C+ la hacía sentir en la cuerda floja todo el tiempo.

Hugues pasó por su lado y depositó fríamente sobre su mesa la hoja con la redacción de la semana anterior.

¡No podía ser! ¡Una D!

Suspendida.

Pero ¿por qué? «Justamente hoy...», se dijo antes de dar la vuelta al papel, donde descubrió tres círculos rojos que señalaban tres fatídicos errores gramaticales. Así que era eso. ¡Maldita gramática!, gritó en silencio mientras sus lágrimas pugnaban por derramarse.

Al final de su redacción había una nota del profesor escrita con rotulador rojo:

Lástima. Tienes buen estilo, pero la ejecución ha sido pobre.

Incapaz de ver la parte positiva de aquel comentario, Irene se lamentó con amargura por su racha de mala suerte. Dominada por pensamientos funestos, visualizó el terrible momento en que sus padres abrirían la carta con sus tristes calificaciones. Las leerían sentados en sillones diferentes de salones distintos, en casas separadas, pero la conclusión sería la misma: tanto dinero gastado para una inútil.

Alguien que le tocaba la espalda la arrancó de aquellos pensamientos.

Era Heather, una *barbie* insufrible que se sentaba detrás de ella. Le pasó un papel arrugado y anunció:

—Me han dicho que te dé esto.

Irene enojeció al leer el mensaje apuntado en el trozo de folio:

*Mis labios también tiemblan y suspiran por los tuyos.
Oh, Irene, por favor, te imploro piedad,
concédeme tan sólo una mirada y seré tuyo para siempre.*

Irene miró confusa a su alrededor, tratando de encontrar al autor de la nota. ¿Era Liam? De ser así, ¿por qué repetía algunas palabras que ella había escrito en su declaración de amor?

Su compañera de cuarto, que milagrosamente había conseguido despertarse y se sentaba en la fila de al lado, alargó la mano y le pasó otro papelito:

*Oh, diosa, mi amor, un beso tuyo en los párpados
sería mi cielo particular.*

Irene arrugó el papel, furiosa con las risitas que se escuchaban al fondo de la clase. Trató de entender lo que estaba pasando. No podía ser Liam, porque los mensajes no estaban escritos con su letra. Pero ¿cómo podían saber los demás lo que ella había escrito hacía sólo unas horas?

No, era imposible, totalmente inconcebible.

Irene recordó el papel de color hueso que Liam manoseaba al inicio de la clase y que tanta risa había provocado en sus dos amigos. ¿Les habría mostrado Liam su poema, aquel papel con sus sentimientos más íntimos en su primera declaración de amor?

Una tercera mano aumentó más aún su estupor. Era otro mensajito insolente con sus propias palabras, deformadas por la burla. A su espalda estallaron más risas, que fueron creciendo hasta contagiar al resto de sus compañeros de clase.

Martha la miró con pena mientras negaba con la cabeza.

Liam evitó su mirada. Parecía repentinamente enfrascado en sus apuntes, aunque una sonrisa maliciosa tensaba sus labios carnosos.

El profesor llamó la atención de la clase y preguntó, levantando la voz, qué diablos era aquel alboroto.

Con las mejillas bañadas en lágrimas, Irene se sintió destruida por la noche en vela y la horrible humillación a la que acababa de someterla Liam. Incapaz de permanecer en clase un minuto más, se levantó bruscamente de su asiento.

Se hizo un silencio sepulcral cuando cruzó el aula como una zombi. Abrió sin dudar la puerta de la clase y, ante la sorpresa de Hugues, echó a correr por el pasillo en dirección al patio.

Las lágrimas seguían manando sin freno, como si el manantial de su tristeza no tuviera fondo. Desbordaban sus mejillas y humedecían su pelo lacio.

Ya no las notaba. Había salido de clase sin chaqueta, pero el frío tampoco le hacía mella. Impulsada por la urgencia de huir, sólo quería correr, correr y correr. Nada más.

Al llegar al acantilado, llorando y jadeando a causa del esfuerzo, unos pasos ruidosos la sorprendieron.

—Pero ¿qué diablos...?

Peter Hugues la había seguido y le hablaba a su espalda.

Irene no reaccionó. No le importaba nada: podía suspenderla, escribir a sus padres y denunciar su mal comportamiento. Todo le daba igual. Desde ayer, su vida ya no tenía sentido.

El profesor se detuvo a un par de metros de Irene, que se enjugó las lágrimas y siguió con la mirada fija en el mar, como si estuviera sola.

Durante un par de minutos ninguno de los dos habló. Luego Hugues le preguntó con cautela si podía acercarse. Ella asintió con indiferencia, sin entender por qué le pedía permiso.

Al oírle suspirar, Irene se preguntó si aún no se había recuperado del esfuerzo de la carrera. Lo miró por primera vez y le pareció que estaba asustado.

—Irene, hace mucho tiempo conocí a una chica muy parecida a ti. También le gustaba correr. Corres muy deprisa, ¿lo sabías?

Ella asintió.

La voz del profesor había sonado distinta, pensó ella sin responder. Era igual de grave que siempre, pero más suave y agradable, sin

el tono severo que gastaba en clase.

De repente, el profesor de gramática la agarró por la espalda con tanta fuerza que la dejó sin respiración.

—¡Qué hace! ¿Está usted loco?

Asustada, Irene se echó a llorar de nuevo mientras se liberaba de su abrazo.

—Lo siento, sólo quería salvarte.

—¿Salvarme de qué? —replicó ella entre sollozos.

—Me ha parecido que te ibas a tirar.

—¿Tirarme por el acantilado? —respondió atónita—. ¡No! Yo sólo quería correr, pero se acabó el camino y no supe qué hacer... Entonces apareció usted.

Hugues se deshizo en disculpas. Le preguntó mil veces si estaba bien y si podía hacer algo más por ayudarla.

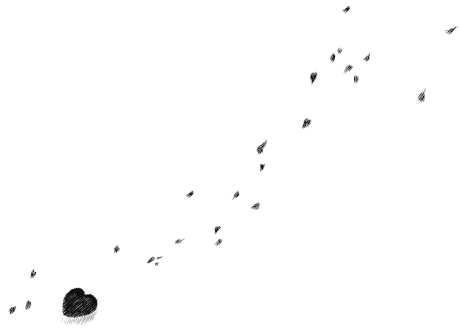
Ella negó con la cabeza.

El profesor insistió en prestarle su chaqueta. Tras acompañarla en silencio de vuelta a Saint Roberts, la citó para una charla privada en su despacho después del almuerzo. Su semblante volvía a ser el del maestro adusto y algo rígido que todos conocían de clase.

Ahora Irene sabía que, además de ser un «hueso», estaba completamente loco. ¡Suicidarse! ¿Qué le había llevado a pensar que ella quería arrojarse al fondo del acantilado?

Mientras lo veía alejarse, pensó que a lo mejor se atrevería a preguntárselo más tarde, en su despacho. Eso si le daba tiempo a explicarse, porque lo más seguro era que Hugues le tuviera preparado un castigo ejemplar por haber huido de su clase de aquella manera.

Tomó el camino menos transitado de regreso a su cuarto. No pensaba volver a clase en lo que quedaba de día. Sin duda, pensó, acababa de meterse en un lío de dimensiones mayúsculas.



3. LA GRAMÁTICA DEL AMOR

Irene golpeó con delicadeza la puerta del despacho de su profesor, deseando que no la oyera o que sucediera un milagro y él no se encontrara allí.

—Adelante —dijo una voz potente desde el otro lado.

No había habido suerte. Apretó los puños y contuvo el aliento, preparada para recibir la reprimenda de su vida.

Hugues la esperaba sentado tras su mesa, cubierta de papeles y de gruesos volúmenes encuadernados en tela.

Irene miró a su alrededor. Había libros por todas partes. Abarrotaban las estanterías hasta el techo, cubriendo todas las paredes excepto la de la ventana. Se sentó con las rodillas muy juntas en la silla que el profesor le había señalado con un gesto de la cabeza. La «forastera», como la llamaban sus compañeros, deseó mimetizarse con el mobiliario o con la espesa alfombra que cubría el suelo de madera.

—¿Te apetece un poco de té? —preguntó él mientras le pasaba una taza y el azucarero.

Ella negó con la cabeza y, con un tímido «gracias», depositó sobre la mesa la chaqueta que Hugues le había prestado.

En la estancia flotaba el mismo olor que la había envuelto al usar

aquella prenda pocas horas atrás, en el camino de regreso a la residencia. Olía a libro antiguo, a caramelo y a la calidez de la madera tostada.

Con gran parsimonia, el profesor vertió en su taza un *earl grey* con fuerte aroma de bergamota. A Irene le parecía chocante la fijación de los ingleses con las infusiones. De pequeña, su tía le había prestado algunos libros de *Los cinco* y *Las mellizas en Santa Clara*, con la esperanza de que tomase gusto a dos de sus sagas infantiles favoritas. Aquellas historias le habían parecido ñoñas e intrascendentes, totalmente pasadas de moda. Aun así, le había hecho gracia que los protagonistas pasaran tanto tiempo tomando té, huevos duros y sándwiches de mermelada.

Aprovechó que la mirada del profesor se desviaba hacia el ventanal para observarlo con más atención. Debía de tener más de treinta años, aunque era difícil de precisar. Estaba delgado, y quizá por eso parecía más joven, aunque algunas canas desperdigadas asomaban ya en sus cabellos suavemente ondulados. Se había quitado la americana verde con el escudo de Saint Roberts que constituía el uniforme del profesorado masculino. En su lugar vestía una camisa azul claro que hacía juego con sus ojos llenos de serena melancolía.

Hugues interrumpió sus divagaciones con una pregunta demasiado directa:

—¿Cómo te encuentras? ¿Se te ha pasado el susto?

—A mí sí... ¿Y a usted?

Se arrepintió inmediatamente de haber formulado aquella pregunta. A menudo su timidez la hacía precipitarse al hablar, algo que mucha gente confundía con la insolencia. Y aquel defecto le había supuesto más de un problema.

Para su sorpresa, el joven profesor se limitó a reconocer:

— Tienes razón al decir que me asusté, y no me faltan motivos.

—Le agradezco mucho su preocupación, pero...

Irene enrojeció y se sintió perdida, incapaz de decidir hacia dónde dirigir su discurso de disculpa. La voz grave de Hugues le daba miedo.

—Escúchame bien, Irene. Has tenido uno de los peores días de tu vida, puesto que el primer desengaño se vive como un drama y un castigo terrible. Y hablando de castigos... Me veo obligado a imponerte uno por tu salida de clase. Como bien sabes, no está permitido a los alumnos abandonar el recinto escolar en horas lectivas sin permiso.

Ya tenía su sentencia, pensó. ¿Pero cómo sabía él los motivos de su sufrimiento? Se moría de vergüenza sólo pensar que podía conocer la humillación que había sufrido por parte de Liam.

—No obstante —prosiguió Hugues mientras se limpiaba las gafas de pasta—, y dadas las excepcionales circunstancias... Encontraremos una medida adecuada a tu caso. Te gusta leer, ¿verdad?

Ella asintió mientras sentía cómo le temblaban las piernas y un torbellino de ideas absurdas acudían a su mente. ¡La obligaría a leer los cincuenta tomos de la Enciclopedia Británica que se guardaban como una reliquia en la biblioteca!

—Ya lo imaginaba. Te propongo, entonces, un castigo un tanto especial. Nos encontraremos en mi despacho a esta misma hora todos los miércoles. Te pondré deberes de literatura, por así decirlo. Leerás las obras que yo te recomiende y las trabajaremos juntos. Será un proyecto especial. ¿Qué te parece?

—Pero... yo... usted es profesor de gramática, no de literatura.

—Tienes razón, pero no vas a hacer un seminario de novela al uso. Lo que necesitas en este momento de tu vida son algunas cla-

ses de gramática del amor. Es una asignatura que no puedes dejar colgada.

Irene miró con asombro a Peter Hugues. Había oído decir que los ingleses eran excéntricos, pero nunca hubiera imaginado que se encontraría en medio de algo así.

—¿Gramática del amor? —balbució— ¿Qué es eso?

Los melancólicos ojos azules del profesor se desviaron nuevamente hacia la ventana antes de responder, como si hablara para sí mismo:

—Ser joven y estar enamorado por primera vez es extraordinario, pero también dolorosamente confuso. ¿Por qué crees que Liam se ha portado de ese modo contigo?

Ella se ruborizó de nuevo, incómoda ante la idea de hablar de sus sentimientos con uno de sus profesores. Un desconocido, al fin y al cabo.

—No lo sé, supongo que le apetecía burlarse de mí... y yo he sido una estúpida —decidió enderezar el rumbo de la conversación—. ¿Qué es esa gramática del amor, profesor Hugues?

—Ya lo irás descubriendo. De momento te espero aquí el próximo miércoles a las cinco en punto. Ve a buscar a la biblioteca un ejemplar de *Al sur de la frontera, al oeste del sol*, del japonés Haruki Murakami. Es una novela breve. En una semana debería estar leída.

Irene murmuró algo incomprendible que él interpretó como un «de acuerdo». A continuación, se levantó para acompañarla a la puerta y darle la mano ceremoniosamente.

—Una cosa más —le anunció cuando estaba a punto de cruzar el umbral sorprendida por la extravagancia del castigo; había esperado una sanción grave, incluso una advertencia dirigida a sus padres, así que podía considerarse afortunada—. Hoy me has dado

un buen repaso en tu carrera hacia el acantilado, y eso que estoy en buena forma. Sería un crimen desperdiciar tus aptitudes como corredora. Como parte del castigo, deberás entrenarte en la pista de atletismo tres veces por semana. No me importa el horario en el que lo hagas, pero quiero que al final del trimestre estés preparada para participar en la carrera de la escuela, la *January Race*. Competirás contra alumnas de cursos superiores.

Irene abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla sin encontrar palabras con las que responder a tan absurdo requerimiento. Primero, esas lecturas especiales. Y ahora quería que corriera. Sin duda, Peter Hugues estaba chiflado. Como si fuera consciente de su desconcierto, el profesor le dirigió una tenue sonrisa de despedida.

Definitivamente, aquel día estaba siendo el más extraño de su vida.